

V. Blasco Ibáñez
La muerte del Peral
(*El Pueblo*, 26-5-1895)

En Berlín, lejos de la patria, en el mercenario albergue de una casa de curación, sin más afecto que el de su mujer y su hijo, como un oscuro extranjero de esos que desaparecen sin lamentos y sin dolor público en las grandes capitales donde residen los príncipes de la ciencia, ha muerto Isaac Peral.

Este nombre que hace ya tiempo no sonaba y que antes aparecía veinte veces en cada columna de los periódicos, es de los más populares en España, y hasta en las últimas aldeas le conocieron como símbolo del engrandecimiento de la patria.

¿Quién no conoce a Peral? Nadie.

¿Y quién se acordaba de él hace una semana? Nadie también.

Cuando Robespierre gritaba en la Convención «¡Ay de los pueblos que no son agradecidos!», se refería sin saberlo a España, nación que es modelo de desagradecimiento.

Somos un pueblo sin gratitud, un pueblo incapaz de sentir afectos vehementes y duraderos, un cadáver frío, que si alguna vez se agita, no es a impulsos de la propia e interna fuerza, sino con la corriente galvánica de ficticio entusiasmo, y apenas cesa esta, el cadáver recobra su inerte inmovilidad.

Obra de nuestra época fue la borrachera de entusiasmo con que la nación acogió el invento de Peral. Capitales enteras como Madrid se prosternaron ante el invento, tributándole honores regio: se habló de Peral como de un dios; la nación entera tenía fijos los ojos en aquel prolongado monstruo de acero que hundía su oscura masa en las misteriosas olas; y la ovación, llegando hasta el ridículo, hizo a Peral presidente honorario de todos los casinos más o menos bailables, de todos los círculos de recreo con gallo y albur, y hasta dio su ilustre nombre a teatrillos de verano y a productos de confitería.

Aquí somos así. Cuando nos da por realzar a un hombre, no paramos hasta ponerlo en ridículo.

En cambio, poco después, el Gobierno, la ciencia oficial, las corporaciones doctas, esos eternos obstáculos con que tropieza todo descubrimiento, hicieron al invento de Peral la guerra sorda, cruel y sin objeto, propia de la ignorancia endiosada a la que estorba el verdadero mérito. El submarino quedó arrinconado como un trasto viejo en los

astilleros de Cádiz; su autor quiso protestar yendo a las Cortes y le recibieron el acta del modo más ignominioso; en la última desesperación dijo adiós a su carrera, despojándose del uniforme de la armada que tanto había honrado; pasó por todos los círculos de interminables amarguras por donde han pasado los descubridores de Colón hasta Lesseps, y nadie protestó; los mismos que meses antes iban por las calles tras un trapo de colores nacionales escandalizando con vivas a Peral, permanecieron mudos; bastó que el Gobierno se opusiera al descubrimiento para que todos se sometiesen; y entre los millones de vociferadores, de entusiastas inconscientes, no se encontraron diez mil españoles que, llevándose la mano al bolsillo, supieran favorecer al glorificado inventor, continuando por iniciativa individual lo que comenzó bajo la protección del Estado.

Los pueblos solo tienen lo que merecen. Un pueblo así se comprende que sea, después de Turquía, el más atrasado de Europa. La desgracia irreparable, inmensa, es llamarse Peral, sentir dentro del cráneo un cerebro de los que solo se forman de siglo en siglo, y nacer en España.

Y ahora serán los lamentos, los panegíricos entusiastas en honor de ese mártir que ha muerto herido en su parte más preciosa, en ese cerebro luminoso, creado para alumbrar las misteriosas profundidades de los mares y que se ha extinguido sin resultado por culpa de su época.

Le llorarán; tal vez organicen veladas apologéticas en su honor, pero todo será mentira; la muerte del grande hombre no ha arrancado otras manifestaciones de verdadero dolor que las lágrimas de su mujer y de su hijo.

Lo que ahora haga la nación será puro aparato teatral, lamentaciones de guardarropía, producto de las circunstancias. Y si esto parece exagerado, dígasenos quién se conmovió en España hace un mes, al saber que el inventor iba camino de Berlín, herido de muerte en el cerebro.

De todos modos, España está tan satisfecha y tranquila.

Otras naciones realizan prodigiosos inventos; nosotros nos contentamos con tentativas.

Nuestra historia es un largo catálogo de grandes hombres malogrados por sus contemporáneos. Los escarnecemos y despreciamos en vida para después glorificarlos exageradamente en la tumba, haciendo reír a los extranjeros.

Cuando nos hablan de que Harvey descubrió la circulación de la sangre, decimos que Miguel Servet sabía lo mismo mucho antes; si nos aseguran que Dionisio Papin aplicó el vapor a la navegación, nombramos a Blasco de Garay que siglos antes lo intentó; nos quedamos tan satisfechos

pudiendo citar genios malogrados, ignorando que vale más ser patria de inventos realizados, que país de problemáticos precursores.

En el porvenir, cuando sea un hecho la navegación submarina realizando esta empresa Inglaterra o Francia, los patrioterros de entonces saldrán gritando que eso ya lo descubrió un español, un tal Peral; pero lo que nadie dirá es que aquel ilustre infeliz murió asesinado por la pública indiferencia, después de haber sacrificado porvenir y tranquilidad por un pueblo que no lo merecía, y que a haber nacido en otra nación, a no ser ciudadano del país de la ignorancia y de la apatía, el invento se hubiera realizado mucho antes.